



Desde las
Sombras

José Manuel Chino Cisneros



“Descargaste el primer
capítulo gratuito”

Desde las
Sombras

José Manuel Chino Cisneros



Desde las sombras

Copyright © 2025, José Manuel Chino Cisneros

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-607-29-8340-3

Primera edición: diciembre, 2025

www.josemchino.com

D.R. © No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

*Para Iye.
Tú, siempre tú,
la luz que me alumbra
desde las sombras.*

*Para Ana, mi madre,
la heroína de
mi propia novela.*

El derrumbe no es el final, es el comienzo del despertar...

Capítulo I

04 de enero de 1985

A esa hora de la tarde —serían pasadas de las 15:00— el sol entraba por la ventana de la recámara principal iluminando gran parte del dormitorio. La casa y las calles estaban en absoluto silencio. Queta se encontraba en la cocina preparando la comida para su familia y la leche de José, su segundo nieto, que dormía la siesta en la otra alcoba que, a diferencia del cuarto principal, las cortinas cerradas lo mantenían en total oscuridad para que los rayos del sol no despertaran al pequeño.

A la abuela Queta no le gustaba tener encendida la radio ni mucho menos la televisión, prefería estar atenta a todos los sonidos de la casa y la calle: en ese instante dominaba el del vapor de la olla exprés que silbaba rítmicamente anunciando la cocción de los frijoles.

Queta disfrutaba de cocinar, se perdía en ese mundo de aromas y sabores, entre hierbas, especias y verduras, pensando en el menú de cada día. Le gustaba variar para que la comida no fuera algo monótono: hoy planeó preparar verdolagas con carne de puerco en salsa verde, ese guiso tradicional que se elabora a base de esa planta de hojas pequeñas y carnosas, de sabor fresco y ligeramente ácido, que tanto le encanta; una receta que aprendió de Rosalinda, la esposa de su hermano Juan, quien, por así decirlo, se encargó de su crianza en sus primeros años de vida. Mientras sus manos trabajaban automáticamente, su mente vagaba por recuerdos amargos y fragmentos de su juventud, momentos que la esposa de su hermano mayor nunca habría podido entender: ¿qué había sido de esa niña llena de sueños, que se prometía a sí misma que nunca se dejaría atrapar por la misma rutina de la que ahora dependía para sobrevivir?

Sin embargo, ese día algo la distraía constantemente. Ella sentía esa inquietud que provoca el saberse observada, cuando los ojos de una persona se posan en alguien con demasiada atención, y es tanta la fuerza de ese vistazo, que volteamos para descubrir a nuestro observador. Queta, una y otra vez tenía esa sensación muy presente. Cada tanto dirigía su vista a la puerta de la cocina, lugar del que su intuición le decía provenía la mirada, sólo para percatarse que estaba sola y que únicamente le acompañaba su nieto José, que dormía tranquilamente en la recámara.

A la par de este sentimiento de nerviosismo, un aire frío le erizaba la piel y le recorría la espalda tan profundamente que el calor que la estufa emanaba no bastaba para calmar su cuerpo ni su mente.

—¿Qué me pasa hoy? —se decía en voz alta, buscando respuestas en el eco de su propia voz.

Miró alrededor como buscando una respuesta, fijándose en los detalles de la casa, las sombras que se proyectaban desde la ventana se estiraban y deformaban con cada minuto que pasaba, pareciera que el tiempo mismo hubiera decidido jugarle una mala pasada. La sensación de ser observada no la abandonaba, como si unos ojos invisibles vigilaran cada centímetro de su cuerpo. Un sudor frío comenzó a recorrerle la espina dorsal a pesar del calor que la estufa emanaba. Su mano temblaba ligeramente cuando la levantó para secarse el rostro: “no estoy sola”, pensó, pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

—¡Ya, deja de estar pensando tonterías y ponte a cocinar que se te va a salar la comida! Se decía a sí misma para alejar esos pensamientos que no la dejaban en paz.

Gracias al siseo del vapor que la olla de presión expulsaba y que en ese instante silbaba lo más alto que podía, es que logró distraerse y su atención se enfocó de nuevo en la estufa.

Con el paso de los minutos, cuando por fin quedó atrás esa sensación de inquietud, a lo lejos, desde la recámara del fondo, escuchó las risas de su nieto.

—¡Ja, ja, ja, ja! — Los gritos de José llenaban la casa, tanto que a Queta la tomó por sorpresa.

¡No puede ser! Ya se despertó ese niño y yo aún no termino la comida. Pensó mientras bajaba la lumbre de los quemadores de la estufa para ir a atender a su nieto.

Cuando se dirigía a la habitación, justo al atravesar la pequeña sala de estar, esa sensación de ser observada le llegó de nuevo, de golpe, como si un balde de agua fría le hubiera caído encima, tanto que se detuvo a medio camino y volteó rápidamente hacia la puerta de la entrada con el mismo resultado: ¡no había nadie más en la casa!

Sin embargo, al entrar a la recámara, la escena frente a sus ojos la dejaron petrificada. Incapaz de moverse, sintió como su corazón galopaba con frenesí, el órgano bombeaba tanta sangre y golpeaba tan fuerte que parecía que quería salir disparado de su pecho. Un sudor frío empezó a cubrir su rostro y el temblor en su labio superior revelaba el terror que sentía. La cama de su nieto, que reía y reía sin parar de una manera grotesca, se balanceaba violentamente de un lado a otro, el pequeño colchón brincaba y se movía como si navegara en un mar agitado. Queta no podía creer lo que estaba viendo, ¿cómo era posible que algo así sucediera? De repente, de la nada, la cuna se quedó quieta mientras José sonreía de nuevo con mucha alegría. Segundos después, la cama avanzó algunos centímetros en dirección a Queta, el rechinado que surgió de las patas al rozar con el suelo era agudo y lastimoso. La abuela, al presenciar toda la escena, retrocedió unos pasos con miedo y precaución. Cuando llegó al marco de la puerta, se detuvo un momento en espera de alguna acción que lograra explicar lo que acababa de ver. Pensó un momento en que todo había sido obra de su imaginación y, cuando avanzó un paso dentro de la recámara, la pequeña cama se movió de nuevo,

como si estuviera huyendo de ella. Queta se llevó las manos a la boca para evitar soltar un grito de miedo y se alejó de la casa. Corrió tan rápido que, cuando se dio cuenta, estaba parada a media calle. En una mano apretaba con fuerza el trapo de la limpieza, mientras que la otra se cerraba tan fuerte que los nudillos estaban blancos por la falta de circulación de sangre.

Ese mismo miedo que le hizo huir, la impulsó para regresar e ir a ver a su nieto. Anduvo de nuevo hacia la habitación y no le importó nada. Entró, se acercó a la cama, tomó a José y salió de la recámara a toda prisa rumbo a la sala. Una vez ahí, se tiró en el sofá, observó al niño con ternura y emitió un suspiro hondo; por inercia, volteó al cuarto a donde había estado recostado el pequeño y sintió como, del rincón más oscuro, desde las sombras, una mirada pesada y fría la invadía hasta llegar al interior de su alma. Por más temor que sentía, era incapaz de desviar sus ojos. Frunció sus cejas para escudriñar en lo profundo de la oscuridad, pero no vio nada, la habitación seguía vacía. Pese a eso, su vista poco a poco se perdía en esa penumbra y su mente se iba hundiendo en un vacío siniestro.

—¡Rin rin! — el timbre del teléfono hizo que Queta regresara en sí. El escandaloso aparato de comunicación provocó que diera un brinco y el niño, que yacía tranquilo en sus brazos, se agitó un poco. Las campanas del ruidoso aparato sonaron nuevamente provocando un sobresalto en Queta, recostó a su nieto en la sala y fue a levantar el auricular.

Mientras cruzaba la sala hacia el teléfono, no pudo evitar volver la cabeza una y otra vez hacia la recámara. Sus pasos eran rápidos, pero su mente se quedaba atrapada en la imagen de esa sombra invisible que, aunque no podía verla, sentía que seguía allí, esperando en la penumbra. Una sensación de amenaza latente la envolvía, como si algo o alguien la estuviera observando desde lo más hondo del vacío.

El teléfono seguía sonando, cada campanada más insistente que la anterior, pero Queta apenas podía concentrarse en el ruido. Sus ojos, aunque querían despegarse, volvían una y otra vez hacia la puerta de la habitación, como si en cualquier momento fuera a ver surgir algo de la oscuridad, alguna figura informe o la prueba de que no estaba sola.

Cuando por fin llegó al aparato, su mano temblorosa levantó el auricular. Se lo llevó al oído, pero su mirada continuaba fija en la recámara. El latido en su pecho se aceleraba con cada segundo de silencio al otro lado del teléfono, hasta que, al fin, una voz al otro lado de la línea rompió la tensión.

—¡Bueno, bueno! ¡Hola! ¿Mamá? Habla Renata.

Aunque quería contestar, las palabras no salían. Una parte de ella estaba aquí, en la sala, frente al teléfono, pero otra seguía allá, atrapada en la penumbra, clavada en el umbral de la habitación vacía, sintiendo que algo acechaba en las sombras.

—¡No se oye nada! Creo que no entró la llamada...— Se oyó al otro lado de la línea.

Queta abrió la boca para responder, pero antes de poder decir algo, sintió que el aire a su alrededor se enfriaba. Su piel se erizó, como si el eco de la presencia se hubiera deslizado desde la oscuridad de la recámara hasta su espalda. Sin darse cuenta, se giró lentamente hacia la puerta abierta, esperando encontrar esa mirada invisible que se hacía presente con cada latido acelerado de su corazón, pero el resultado fue el mismo: en la casa solo estaban ella y su nieto José.

—¡Bueno, bueno! ¿Hay alguien ahí? — gritaba Renata con molestia.

—Hola hija, ¡qué susto me diste!

—Hola mamá, ¿te agarro ocupada?

—Un poco sí, estoy haciendo de comer y este chamaco ya se despertó, además... nada, ¿ya vienes?

—Además.. ¿qué mamá, todo bien? ¿Pasó algo? ¿No me asustes, está bien José? ¿Tú estás...? — Queta interrumpió a su hija.

—Si, todo bien, no pasó nada, tranquila. Estaba viendo en la tele esas películas que pasan todas feas, ya sabes, de las que siempre vemos el fin de semana, de espantos y eso— mintió para no alarmar a su hija.

—Ya te he dicho que no veas esas cosas, pero te encanta, luego no puedes dormir. Consuelo y yo ya hicimos las compras, vamos de regreso, ¿hace falta algo? — preguntó.

—¡No, ya está todo listo! Las esperamos para comer. Bueno, te dejo porque el guiso está en la estufa y se me va a quemar, ¡adiós!

Cuando Queta colgó el auricular, un miedo le nubló la mente. Trató de calmarse y observó a su nieto que le regresaba la mirada con atención. Se acercó, lo abrazó fuertemente, el calor de su cuerpo y el amor que sentía por él le arrojó un poco de tranquilidad. Lo arrió a su pecho mientras rezaba con fervor un Padre Nuestro y un Ave María. El silbido de la olla expresó la distrajo de sus rezos y se levantó para ir a apagar la estufa.

Del otro lado de la línea telefónica, Renata se quedó preocupada porque escuchó muy rara a su mamá. A pesar de que sabía que Queta era una mujer fuerte, le inquietaba que los acontecimientos recientes y las experiencias extrañas que había vivido a lo largo de su vida regresaran para atormentarla.

Por la tarde, cuando Renata, junto con la familia, su hermana Consuelo, su esposo Eduardo y su hijo mayor Héctor, regresaron a casa, encontraron a Queta sentada en el sillón con José en los brazos y la mirada perdida. Se mecía de atrás hacia adelante con un ritmo

lento pero constante mientras tarareaba una canción de cuna inventada, justo como lo había hecho en su niñez, cuando Rosalinda la amarraba a ese viejo árbol para castigarla.

—¡Mamá, ya llegamos! —. Gritó Renata desde la puerta para llamar su atención.

Queta dio un brinco de miedo al escuchar la voz de Renata, abrió y cerró los ojos una y otra vez como si quisiera despertar de un sueño profundo y giró su cuerpo para dar la bienvenida a su hija: una sonrisa forzada se dibujaba en su rostro que contrastaba con una mirada opaca, triste.

—¿Estás bien mamá? ¿Te sientes mal? —, preguntó Consuelo con un semblante de preocupación.

—¡Estoy bien, solo un poco cansada! —, respondió Queta —¡Qué bueno que llegaron!

Queta dejó al niño en el sillón, asegurándolo con unas almohadas a sus lados. Una vez de pie, se les quedó mirando fijamente a sus hijas, ellas le regresaron la mirada con preocupación. Cuando estaba a punto de decirles algo, entró el pequeño Héctor, su nieto mayor, y se abrazó a su piernas con cariño:

— ¡Ya llegamos abuelita! Te trajimos algo— le entregó un kilo de tortillas que habían pasado a comprar para la comida.

— ¡Gracias, mi amor, justo lo que nos hacía falta— se agachó con trabajo y le dio un beso en la frente mientras le decía:

— ¡Allá en el cuarto hay una paleta para ti, a ver si la encuentras! — el pequeño Héctor corrió a su cuarto y empezó a buscar con ahínco.

Queta llevó a Renata y Consuelo a la cocina, como buscando alejarse de los niños y de su yerno para que no escucharan nada. Eduardo fue a ver a los niños y se quedó con ellos en la recámara. Una vez que la mamá y las hijas estuvieron a solas, les dijo:

—¡La verdad no estoy bien! —exclamó Queta, con la voz entrecortada y temblorosa—. Pasó algo muy extraño hace un rato, justo antes de que me llamaran por teléfono.

Hizo una pausa para tomar aire, intentando organizar sus pensamientos. El peso del miedo aún colgaba de su voz y era evidente que revivir lo ocurrido la inquietaba.

—Yo estaba en la estufa, preparando la comida —continuó—, cuando, de repente, me despertó la risa de José. Era una risa extraña, pero muy clara, ¡no sé cómo explicarla!... como si alguien lo estuviera entreteniéndome. Al principio no le di importancia, pero cuando me acerqué a la recámara, sentí algo raro, como si hubiera otra presencia en la habitación— Queta les platicó la escena de la cuna.

Las hermanas cruzaron miradas de extrañeza y de incredulidad. Cuando estaban a punto de decir algunas palabras Queta las interrumpió.

—¡Les juro que fue verdad! José se estaba riendo de una manera grotesca y con una fuerza increíble, tanto que movía la cuna de un lado hacia otro, su cara parecía descompuesta por la risa. ¡No me explico cómo alguien tan pequeño puede hacer eso! ¡Si nosotras, con mucho trabajo, apenas si podemos mover la cama! —dijo con incredulidad, miedo y frustración en el rostro.

Renata y Consuelo miraron a Queta con preocupación, la abrazaron y le dijeron que todo estaría bien.

Hay historias que no deberían contarse, esta es una de ellas.

Si quieres continuar la historia, puedes conseguir la novela completa aquí:

[Comprar la novela Desde las sombras](#)

Gracias por leer.

José Manuel Chino Cisneros

